****Parroquia Nuestra Señora de la Merced**

Pastoral Familiar - Agosto 2016

***EL AMOR ES AMABLE***

##### INTRODUCCIÓN

Seguimos reflexionando en nuestro grupo ayudados por las palabras del papa Francisco en su Exhortación *La Alegría del amor*, sobre el amor en la Familia.

Hoy pondremos nuestra atención en el clima amoroso que se espera en una relación de amor conyugal y familiar.

Importante: Cada grupo inicia su reunión con la modalidad de oración a la que esté habituado.

PRIMER MOMENTO

Leamos con atención estos pasajes de los puntos 99-100 de *Amoris Laetitia*.

**Amabilidad**

Amar también es volverse amable. El amor no obra con rudeza, no actúa de modo descortés, no es duro en el trato. Sus modos, sus palabras, sus gestos, son agradables y no ásperos ni rígidos. Detesta hacer sufrir a los demás. La cortesía «es una escuela de sensibilidad y desinterés», que exige a la persona «cultivar su mente y sus sentidos, aprender a sentir, hablar y, en ciertos momentos, a callar». Ser amable no es un estilo que un cristiano puede elegir o rechazar. Como parte de las exigencias irrenunciables del amor, «todo ser humano está obligado a ser afable con los que lo rodean». Cada día, «entrar en la vida del otro, incluso cuando forma parte de nuestra vida, pide la delicadeza de una actitud no invasora, que renueve la confianza y el respeto [...] El amor, cuando es más íntimo y profundo, tanto más exige el respeto de la libertad y la capacidad de esperar que el otro abra la puerta de su corazón».

Para disponerse a un verdadero encuentro con el otro, se requiere una mirada amable puesta en él. Esto no es posible cuando reina un pesimismo que destaca defectos y errores ajenos, quizás para compensar los propios complejos. Una mirada amable permite que no nos detengamos tanto en sus límites, y así podamos tolerarlo y unirnos en un proyecto común, aunque seamos diferentes. El que ama es capaz de decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan. Veamos, por ejemplo, algunas palabras que decía Jesús a las personas: «¡Ánimo hijo!» (Mt 9,2). «¡Qué grande es tu fe!» (Mt 15,28). «¡Levántate!» (Mc 5,41). «Vete en paz» (Lc 7,50). «No tengáis miedo» (Mt 14,27). No son palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian. En la familia hay que aprender este lenguaje amable de Jesús.

**SEGUNDO MOMENTO**

La vida de hoy es acelerada y llena de exigencias. Esto nos desgasta porque nos pide volcar casi toda nuestra energía en el trabajo y las obligaciones de la semana. Entonces nuestro ánimo se pone tenso y nervioso. A veces se exaspera e irrita. Se llena de preocupaciones y quizás de alguna frustración. Y puede ocurrir que descarguemos esto sobre los más cercanos. Lo hacemos, por ejemplo, con malos tratos, actitudes no amorosas o falta de delicadeza en nuestros vínculos familiares.

Por eso, pareciera que la vida nos desafía a estar atentos para “cultivar” actitudes de amor, “trabajar” el alma, “ejercitar” disposiciones como el respeto, la escucha, la delicadeza, etc. Si no, la rutina nos lleva puesta nuestra armonía interior y el clima cordial en casa.

Reflexionemos con estas preguntas:

* ¿Creo que en nuestra casa hay un clima de tolerancia o de intolerancia frente a los defectos que tenemos los miembros de la familia? ¿Nos faltamos el respeto? ¿Cómo?
* ¿Hay clima de esperanza o de pesimismo, positivo o negativo?
* ¿Estamos atentos a lo que irrita al otro para no hacerlo?
* ¿Sabemos dar palabras y gestos que reconforten, den consuelo y aliento al otro (cónyuge, hijos)?

Nos damos tiempo para responder a estas cuestiones, escuchándonos, sin interrumpirnos, respetando el testimonio de cada uno.

Evitamos teorizar el tema y declamar lo que se debería hacer. Hablemos de nuestra vida tal como la vivimos y cómo podemos mejorarla.

**CIERRE**:

Hagamos un propósito personal. Algo así como:

*“Este mes quisiera ser más amoroso/a, evitando…., tratando de…, respetando que…”.*

Lo expresamos en voz alta.

Terminamos rezando juntos y pidiendo espontáneamente a Dios que pueda inspirarnos palabras y gestos amorosos.

Culminemos rezando el *Padrenuestro*.